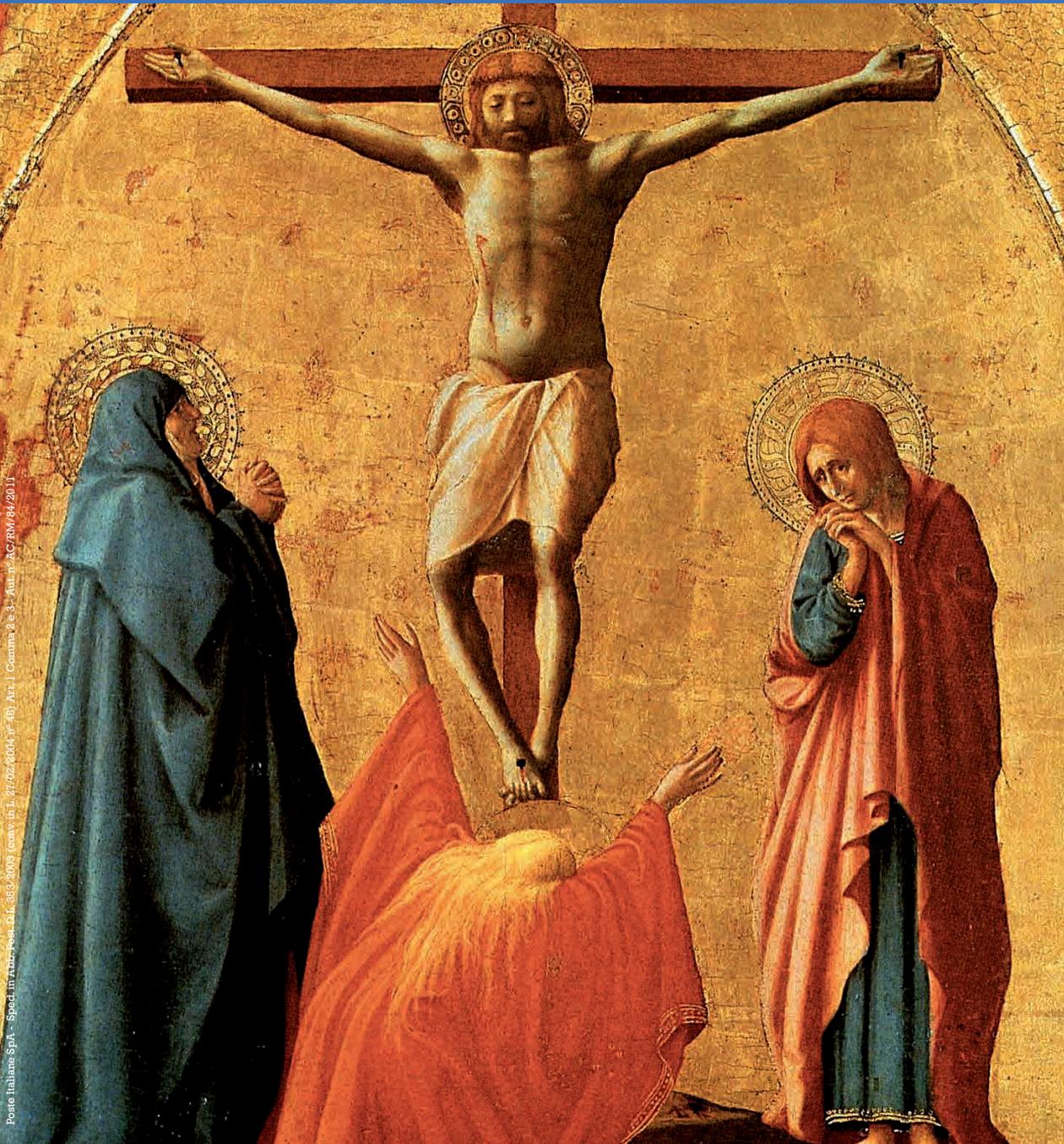


Misionera del **DIVINO ROSTRO** BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI

Revista trimestral de las Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires
Autorización del Tribunal de Roma n° 201/2009 del 18/06/2009 - Via Asinio Pollione, 5 - 00153 ROMA - Tel. 06.5743432
AÑO XXIII - Nueva Serie

130

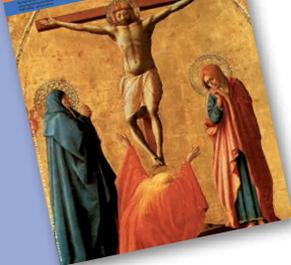


Misionera del
DIVINO ROSTRO
BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI

sumario

130 julio / septiembre 2017

Misionera del
DIVINO ROSTRO
BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI
130



SANTA TERESA MARGARITA
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Padre Antonio Maria Sicari ocd

3

SAN CAYETANO CATANOSO
MISIONERO DEL DIVINO ROSTRO
Paolo Rizzo

9

LA DEVOCIÓN AL DIVINO ROSTRO
EN EL VENERABLE
LEÓN PAPIN DUPONT

12

DE LAS CARTAS DE LA BEATA
A monseñor Spirito Maria Chiapetta

14

INVOCACIONES AL DIVINO ROSTRO
ORACIÓN DE SAN PÍO X AL DIVINO ROSTRO
DEL DIARIO DE LA BEATA (11-19-22 DE SEPTIEMBRE DE 1940)

16

EL DON DE LA VIDA
QUE BROTA DE LA CRUZ
Padre Luca di Girolamo

17

Con la llegada del mes de septiembre, nos acercamos a la fiesta de Madre María Pierina. En efecto, se celebra el día 11, aniversario de su nacimiento en esta tierra. Cada año la memoria litúrgica se festeja en todas las casas de la Congregación de las Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires, con formas y tiempos distintos, según las tradiciones locales.

Esta celebración sigue siendo la ocasión para reflexionar sobre la figura y la obra de la Beata, así como sobre la misión de dar a conocer al mundo la devoción del Divino Rostro. El mes de septiembre facilita esta atención especial al Divino Rostro porque el día 14 es la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Con esta festividad, la Iglesia celebra el triunfo de la Cruz, signo e instrumento de salvación. Dicha celebración se remonta a tiempos del emperador Constantino, cuando hizo construir dos basílicas en Jerusalén: una sobre el monte Gólgota y la otra en el lugar del Sepulcro de Cristo. La dedicación de las basílicas tuvo lugar el 13 de septiembre del año 335. Al día siguiente se mostró a los fieles lo que quedaba del leño de la Cruz del Señor y se les explicó el significado de la redención a través del sufrimiento del Salvador. Así nació la celebración del 14 de septiembre. Y la costumbre litúrgica que coloca la Cruz junto al altar durante la celebración de la Misa quiere recordar la figura bíblica de la serpiente de bronce que Moisés elevó en el desierto. Como narra el libro de Números, cuando los hebreos eran mordidos por las serpientes, era suficiente que

mirasen ese símbolo para ser curados.

Al día siguiente de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el 15 de septiembre, la Iglesia recuerda la memoria de Nuestra Señora de los Dolores, para invitar a los fieles a meditar en el momento decisivo de la historia de la salvación y para venerar a la Madre asociada a la Pasión del Hijo y cercana a El al ser elevado en la Cruz. Esta fiesta de origen devocional fue instituida por Pío VII en el año 1814 como recuerdo de los sufrimientos que Napoleón causó a la Iglesia.

San Bernardo, en uno de sus Discursos, describe así los dolores de María: «Una espada ha traspasado de verdad tu alma, ¡oh Santa Madre nuestra! De hecho, sólo pasando por el alma de la Madre podía llegar a la carne del Hijo. Ciertamente, después de que tu Jesús, que era de todos, pero especialmente tuyo, había expirado, la lanza cruel no pudo llegar a su alma. En efecto, cuando ni siquiera respetaron su muerte, le abrieron el costado cuando ya no podían causar daño alguno a tu Hijo. Pero a ti sí. A ti te traspasó el alma. El alma suya ya no estaba allí, pero la tuya no podía de ninguna forma separarse de ese lugar. Por ello la fuerza del dolor traspasó tu alma, y así, no sin razón, te podemos llamar más que mártir, porque en ti la participación en la Pasión del Hijo, superó en gran medida, en su intensidad, los sufrimientos físicos del martirio».

Sólo queda celebrar estas memorias litúrgicas con la mirada orientada a María para llegar más fácilmente al encuentro con su Hijo.

La redacción

Con aprobación del Vicariato de Roma
Director responsable: Aldo Morandini
Para solicitar la biografía y estampas de la Beata, así como para comunicar gracias y favores obtenidos por su intercesión, dirigirse a: Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires
Via Asinoro Pollione, 5 - 00153 Roma
Email: madrepierina@gmail.com
C/C postale 82790007
C/C bancario: IBAN IT 34 F 02008 05012 000004059417 en UNICREDIT BANCA
Gráfica y maquetación: Lello Gitto - Foggia
Tipografía: Ostiense - Roma - Via P. Matteucci, 106/c
Se acabó de imprimir en el mes de septiembre de 2017

SANTA TERESA MARGARITA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

EN EL SIGLO ANA MARÍA REDI (1747 - 1770)

MEMORIA LITÚRGICA 1 DE SEPTIEMBRE

La infancia

Ana María Redi nace en el año 1747, en una noble familia de la ciudad de Arezzo. El padre, Ignazio, es «Bali» (es decir, Gran Maestro) del Orden Militar Caballeresco del Papa San Esteban. La madre, Camilla Ballati, pertenece a la nobleza de Siena. La pequeña Ana María siente a su madre un poco lejana, sobre todo al verla inclinada a una vida despreocupada y frívola, además de ser una mujer débil de salud. Ana María, en cambio, tiene una verdadera pasión por su padre, un hombre joven de veintisiete años, con el cual tiene una profunda y espiritual sintonía; no solo porque él es condescendiente con sus juegos y se ocupa de su educación, sino, sobre todo, porque responde siempre a sus innumerables preguntas sobre Dios y el mundo de los ángeles. Fue él quien le enseñó a rezar, le explicó la sagrada doctrina, le hizo gustar los sacramentos, amar la naturaleza y los mensajes que de ella emanaban.

Pero hay más. La casa de Ignazio Redi se había abierto a la devoción al

Sagrado Corazón, proclamada algunos decenios antes por la religiosa visitandina Margarita María de Alacoque, que decía haber tenido una particular revelación. Hasta entonces la Iglesia no se había declarado expresamente (la beatificación de la religiosa visitandina será un siglo después); la fiesta que hoy se celebra con tanta devoción no se extenderá en el mundo entero hasta el año 1856. El corazoncito de la pequeña estaba lleno de amor por su padre, y él le decía que el corazón de Dios era todavía más paternal y afectuoso que el suyo, y se lo hacía experimentar. «Lo sabe bien Jesús –dirá más tarde Ana María a su confesor– que yo desde niña no he querido otra cosa que agradar a Dios y hacerme santa».



El papá como director espiritual

A los nueve años—como era habitual en ese tiempo—la confiaron a un monasterio de benedictinas para recibir una instrucción acorde a su clase. La niña, entre los diez y catorce años, elige como guía espiritual a su papá, con el cual «entabla una estrecha alianza espiritual», manteniendo con él una numerosa correspondencia. Ignazio contará después la maravilla que sentía al ver «cuán profundamente se comunicaba el Espíritu de Dios a un alma en tan tierna edad».

Cuando, precisamente él, deba testimoniar en los procesos canónicos para la beatificación de aquella hija amada, fallecida tan solo a los 22 años, dirá: «me ruborizo, porque yo pecador he osado instruir a una verdadera santa». El biógrafo comenta: «es tal vez el único caso de la hagiografía cristiana en el que una joven haya tenido como director espiritual a su propio papá». Esta experiencia única, más que rara, tendrá para Ana María una doble consecuencia beneficiosa: por una parte, el papá se convierte doblemente en «padre», por otra, la joven no tendrá ninguna dificultad en considerar a los sacerdotes como a verdaderos padres, en cuyas manos se pondrá más tarde para los sacramentos y la dirección de su alma. Y también Ignazio tiene la experiencia, envidiable para un padre, de lo que significa tener no solo una hija de sangre, sino también—como decía resplandecientemente—«una hija del alma».

La llamada al Carmelo

Cuando Ana María cumple dieciséis años de edad, le sucede el único episodio de su vida que tenga algo de extraordinario: se presenta en el locutorio del monasterio benedictino una joven de Arezzo; viene a saludar a las hermanas que la han educado desde niña, y a las otras colegialas, porque ha decidido entrar en el Monasterio Carmelita de Florencia. Por algunos minutos, en aquel locutorio, todos hablan del Carmelo, y Ana María siente dentro de sí, claramente, una voz que le dice: «Soy Teresa de Jesús y te quiero entre mis hijas». Emocionada sale de allí y corre a arrodillarse delante del Sagrario, y la voz interior le repite con más fuerza: «Yo soy Teresa de Jesús, y te digo que te quiero entre mis hijas». Contará después Ana María que había sentido «como si le estrecharan el corazón en un abrazo, con un gran fuego» y que «le parecía haber enloquecido por el gran gozo que sentía...».

Regresó con su familia y esperó con cariñosa obediencia cumplir los diecisiete años de edad: el papá le había dicho que antes de ese momento no quería discutir con ella sobre proyectos vocacionales. Debía emplear los meses que todavía faltaban rezando, reflexionando y dejándose conducir por Dios. Ana María busca silenciosamente vivir ya como una carmelita; lo que sabe con certeza es que deberá ofrecer todo, y por eso introduce en sus jornadas

y hábitos algunos signos de su pertenencia al Esposo Crucificado: pequeñas y grandes renunciaciones buscadas en el transcurso normal de los acontecimientos, cualquier sufrimiento buscado voluntariamente, y el dominio constante de sí.

En el siglo XVIII, peinar-se con tocados elaborados y preciosos era para las mujeres «el problema del siglo»; pero el peluquero que iba a menudo a peinar a las damas de la casa Redi, observa asombrado que aquella jovencita—al final de su largo trabajo—rechaza el espejo que él le ofrece. «Gracias, no importa», responde Anita.

Ana María, al fin, puede decidir sobre su vida, pero su padre le exige que sea examinada por tres eruditos y santos eclesiásticos, entre ellos el Padre Provincial de los Carmelitas. Éste—hombre particularmente severo—le describe los rigores de la vida carmelita tan dramáticamente que habría desalentado a cualquiera. Pero parecía que Ana María deseaba justamente aquella entrega radical. El Provincial les dijo después a las monjas que nunca había encontrado una joven así: parecía que Santa Teresa de Ávila la hubiese preparado con sus propias manos. En la carta que ella escribió al Carmelo para pedir la admisión usó una expresión que parece anticipar todo aquello que después le sucederá. Dice que quería «competir con aquellas buenas religiosas en amar a Dios».

En el monasterio de Santa Teresa, en Florencia

En el monasterio donde la joven pide entrar vivía entonces una comunidad muy envejecida, en la que no entraban novicias desde hacía años. Cuando Ana María se presenta en la puerta del monasterio, la Priora y sus cuatro consejeras tienen todas más de setenta y dos años. En concreto, diez monjas son muy ancianas y están enfermas, y de las cuatro en edad juvenil (en torno a los treinta), cada una está por enfermarse todavía más seria y destructivamente que la otra. Otras cuatro son novicias, coetáneas de nuestra santa.

Desea llamarse Teresa Margarita del Sagrado Corazón de Jesús: Teresa, como la contemplativa de Ávila; Margarita como la monja visitandina que había pedido a los cristianos devolver «amor por amor» al corazón traspasado del Hijo de Dios. Dice a continuación, con absoluta sinceridad, que «no habría cambiado su estado con el más feliz del mundo, porque se encontraba en el Paraíso», y agrega que «era para ella una gracia venir a servir a aquellos ángeles». Buscó sobre todo esconderse en la humildad para dejarse mirar solamente por su Esposo Divino, y vibraba de alegría ante aquella advertencia de san Pablo a los primeros cristianos: «Vuestra vida está escondida con Cristo, en Dios». En uno de los pocos textos que ella nos ha

dejado se lee esta oración: «Dios mío... ahora y por siempre deseo encerrarme en tu amabilísimo corazón, como en un desierto, para llevar contigo, por ti, en ti, una vida escondida de amor y de sacrificio».

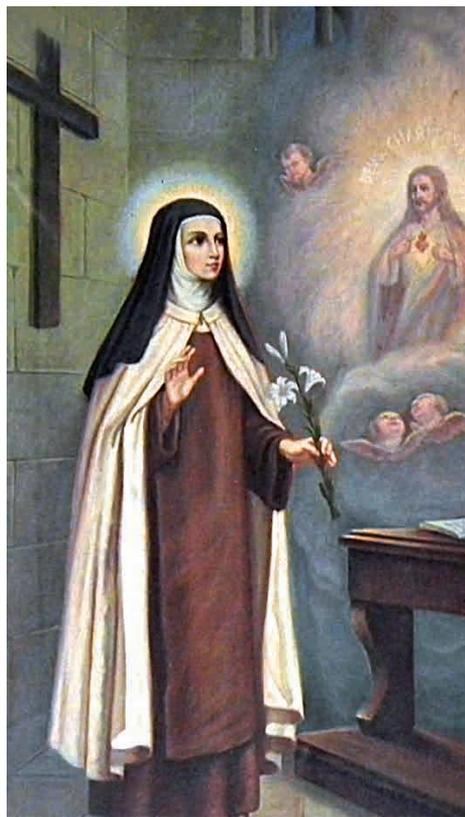
En el monasterio de Florencia, la Maestra de novicias tenía entonces 78 años: era verdaderamente una educadora excepcional, pero además de ser anciana estaba también muy enferma. Teresa Margarita es elegida por la Priora para asistir a la Maestra como enfermera. Ocurría que la Maestra, incluso sintiendo una infinita ternura hacia su generosa novicia-enfermera, no le dejaba pasar nada: ningún error, ninguna distracción, ninguna inadvertencia. Buscaba intencionadamente pretextos para corregirla. Teresa Margarita multiplicaba sus cuidados y atenciones, guardando en el corazón y en sus labios una exclamación de adoración que había aprendido de las antiguas tradiciones de la Orden Carmelita. Se repetía: «Hic est Christus meus»: «es mi Cristo» quien me habla, me corrige, me exhorta, a ser exigente con mi amor. En ocasiones alguna monja le decía a la Maestra que su rigor era en verdad excesivo, pero la anciana formadora respondía: «No lo haría, si no estuviese segura de ella».

Fue así como Teresa Margarita vivió su noviciado: por un lado absorbía el ritmo normal de la vida monástica, y por otro aprendía a conocer a Dios, su amor,

su voluntad y las doctrinas espirituales en aquel sublime encuentro entre dos almas grandes (la suya y la de la Madre Maestra) que nada temían. En el plan de Dios aquella situación tan particular debía preparar a la joven monja a una vocación específica.

Al servicio de los miembros sufrientes de Cristo

En la tradición carmelitana Teresa Margarita permanecerá como «la santa enfermera», título más bien original para una Orden dedicada exclusivamente a la vida contemplativa. Ella ofrece a la Iglesia, por un lado, el ejemplo de cómo se puedan unir entre sí la



más absoluta experiencia contemplativa y la más extenuante dedicación activa a los miembros sufrientes de Cristo; y, por otro, el deber de sumergirse en un drama místico del que veremos en breve la inaudita profundidad.

Sobre todo debemos decir que Teresa Margarita fue una enfermera voluntaria: había entrado en el Carmelo para buscar solo a Dios, y Dios decide manifestarse a ella en aquellas ancianas hermanas que se enfermaban una detrás de la otra, y de quienes ella pedía espontáneamente hacerse cargo.

Un monasterio carmelita –en el que las monjas no pueden ser más de una veintena– es un mundo pequeño en el que las responsabilidades y los oficios son cuidadosamente distribuidos de modo que todo proceda de manera armoniosa y eficiente. Si alguna se enferma las otras deben asumir no solo el peso de la asistencia pedida, sino también las tareas que la enferma debe, entretanto, abandonar. No es por ello difícil de imaginar lo que sucede en el monasterio de Teresa Margarita aquel año en el que más de diez monjas se enfermaron al mismo tiempo y en forma grave: ella asume el peso de la asistencia a todas las enfermas, con tal naturalidad que las otras terminaron por considerarlo una cosa normal. De hecho, todo esto significaba para ella la renuncia a cada instante de tiempo libre.

Confiar a cada una en las manos de Dios

Había una monja octogenaria a quien la enfermedad la había vuelto desconfiada e irritable. Teresa Margarita la atendía con tanta solicitud que la ancianita estaba muy contenta, y decía que nunca había encontrado una enfermera como ella. En la comunidad se notaba que la enferma estaba más alegre, por lo que la Maestra pregunta a la joven cómo había hecho para obtener aquel resultado. Teresa responde con sencillez que, sabiendo que era una enferma difícil, «ella la había colocado en las manos de Dios y había confiado todos los cuidados a María Santísima».

Un día en el refectorio desierto se queda una monja dolorida que da vueltas a su pobre comida sin lograr masticarla por un terrible mal de dientes que la atormenta. Teresa Margarita, que ha servido la mesa y es la única que continúa allí, se le acerca y la mira con compasión. En el Carmelo rige la regla del silencio, pero ella parece olvidarla: «Pobrecita –le dice–, usted sufre mucho y por eso no puede comer». Luego, inesperadamente, se inclina y le da un beso sobre la mejilla enferma. La pobre anciana siente un dolor agudísimo que de repente desaparece, para siempre. Vivirá todavía largos años, pero no sufrirá más de aquel mal. Lo sucedido causó una sensación tal que se hablaba de ello incluso fuera del monasterio, pero Teresa Margarita se siente confusa porque ha faltado dos veces a la Regla: hablando en tiempo de silencio y dejándose llevar por una manifestación de afecto inusual en el

claustró, por lo que pide perdón a la priora.

Otra anciana enferma es notoriamente sorda, tanto que ni siquiera se entiende con el confesor, y tiene un hilo de voz. Tampoco ella quiere otro cuidado más que el de la Hna. Teresa Margarita. Y con la enfermera conversa tranquilamente, y sin necesidad de usar el audifono. No solo eso, cuando Teresa Margarita está lejos, ayudando a otras enfermas, y la ancianita la llama con voz debilísima, ella la escucha y de lejos responde sin gritar, y la pobre sorda la oye y se tranquiliza. Cuando, al fin, llega su turno, se deja atender en todas sus necesidades y pide a la santa: «Y ahora, ¡háblame de Jesús!». Un día, sin que ellas lo sepan, se encontraba en una habitación contigua el sacerdote que había venido para dar la comunión a la enferma. Lo hacen esperar allí a propósito, para que pueda escuchar. Teresa Margarita sugiere a la enferma actos de fe y de abandono en Dios, la exhorta a ofrecerle cada sufrimiento, y, sobre todo, le hace repetir actos de amor y de esperanza. «Debía esforzarme para no llorar», contará luego el sacerdote; y añadía que muchos sacerdotes hubieran tenido que aprender de ella la manera de asistir a los enfermos y moribundos.

Devolver amor por amor

El poco tiempo que le sobraba consistía en tomar

rápido un bocado (cuando era posible) y dedicarse a la oración y a la relación con Dios. Pero todo aquello escondía un drama místico cuya profundidad se nos escapará siempre. Se trata de lo siguiente: Teresa Margarita había sacado de su devoción al Sagrado Corazón una norma de comportamiento cristiano que ella expresaba con fuerza así: «es necesario devolver amor por amor». Y siendo que Jesús nos ha amado sufriendo por nosotros, nosotros debemos querer sufrir por Él. No se trataba de inventar nada. Las enfermas de su comunidad concretizaban para ella estos dos movimientos de amor y de cruz: eran para ella la imagen de Cristo que sufría, y ella, para amarlo, debía asumir con alegría el durísimo peso del servicio. Decía: «Él en la cruz por mí, yo en la cruz por Él». Este era el ideal al que se había consagrado para siempre. El confesor de Teresa Margarita la veía crecer en este amor divino como si un incendio interior la incendiase toda, hasta que pareció tocar la íntima sustancia de aquel fuego. La joven solo tenía veinte años.

Un domingo en el coro, durante la liturgia, resonaron las palabras latinas: «Deus Caritas est, et qui manet in charitate in Deo manet et Deus in eo» («Dios es Amor. Quien permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él»). Teresa Margarita las había oído seguramente a menudo,

pero aquella vez se queda como poseída; por algunos días estuvo como maravillada, la veían mover los labios y percibían que se repetía aquellas palabras como para saborearlas repetidamente. Llamaron al confesor, temiendo se tratase de una crisis histérica. Después de haberla escuchado largo rato, en el secreto de la confesión, éste se limitó a decir a las monjas: «quisiera que todas tuvieran la enfermedad que tiene la Hna. Teresa Margarita». Cuando ella logrará explicarse, dirá que el pensamiento de «vivir en la vida de Dios», y que «Dios vivía en ella», siendo que «era una sola vida, una sola caridad, un solo Dios», – ¡un pensamiento tal! – la había llenado de una alegría indecible, tal que no había espacio para otra cosa.

La noche oscura

Y aquí comienza el drama: a partir de este mismo momento en el que ella parece haberse acercado al corazón mismo de la Divinidad, Dios le quita toda «sensación de amor». Siente aún un deseo incommensurable de amar a Dios, pero como algo de lo que ella está absolutamente lejos. Está infinitamente alejada de lo que es el amor, infinitamente indigna. Ella no ama a Dios, no lo ha amado jamás; y es un llanto irrefrenable, como si toda su vida se condensase en la angustia de estar sin Dios. Los expertos de la experiencia mística saben de qué se trata. Permitiendo esta terrible experiencia, Dios tiene dos objetivos (de altísimo amor). Por un lado, Él quita a su criatura toda sombra de egoísmo. «Muchos – explicaba san Francisco de Sales – en vez de amar a Dios para agradarle a Él, lo aman por las consolaciones que experimentan en su santo Amor... En vez de ser “amantes de Dios”, se convierten en amantes del amor que ellos tienen...». El camino místico conduce al centro de la noche más oscura, porque solamente allí es posible ver surgir el Sol en toda su espléndida gratitud.

El segundo objetivo que Dios se propone es explicar a las almas que más lo aman (y que Él más ama) uno de sus más profundos misterios: que Él «pone en marcha» a sus elegidos – como ha hecho con su Hijo – para que lleguen a los perdidos y desesperados, compartan sus angustias. Haciéndolo semejante a ellos en todo, excepto en el pecado. Y de forma que amen infinitamente cuando más parecen desprovistos de amor, incluso en sustitución de quien está desprovisto realmente.

¿Cómo afrontó semejante prueba esta joven de veinte años? Teresa Margarita decide sumergirse en el único amor que le quedaba como posible. Sabiendo por la fe que Dios ha unido los dos grandes mandamientos (el amor a Él y el amor al prójimo), decide amar a su prójimo – a las enfermas que permanecían allí, delante suyo, y pedían ser amadas –, y amarlo con estilo divino.

Se le concede también la última experiencia que la crucifica, cuando una de sus hermanas se enfermó de

demencia precoz, con crisis periódicas de violencia. Teresa Margarita se ofreció voluntariamente, pidiendo darle una mano en los momentos más difíciles, hasta que poco a poco todo aquel difícil peso cayó sobre sus espaldas. Teresa Margarita, antes de entrar en la celda de la enferma, se arrodillaba brevemente ante una imagen de la Santísima Virgen, que estaba cerca, y a ella se encomendaba. Y pedía valentía. Después se sentía preparada para aceptar todo: desde los maltratos a los furiosos insultos, hasta tener que ir de acá para allá, sin casi respiro, para intentar contentarla en lo que de ella dependiera... y nunca daba el menor signo de cansancio o de incomodidad.

Sucedió una vez que ella tuvo que huir rápidamente porque la loca había intentado perseguirla, y se refugió temblando en la habitación de otra hermana. Allí se desahogó: «¡No puedo más!». Esa tarde pide perdón a la comunidad por el escándalo dado, como si hubiera cometido un grave pecado. «Huía de cada ocasión de ser compadecida por nosotras», testimoniaron sus hermanas. Aunque todas sabían que su carácter era «vivaz y abierto», en los primeros tiempos de la vida monástica la habían visto a menudo ruborizarse violentamente, por el esfuerzo de dominarse ante alguna contrariedad.

Pero ahora ardía por dentro, por aquel amor que quería demostrar a toda costa a su Dios, que parecía esconderse y que también estaba muy presente en el sufrimiento de una hermana privada del mayor bien.

Consumada por el amor de Dios

Tenía solamente veintidós años. Aunque llevase una vida de esfuerzos y sacrificios, parecía que la salud no le faltaba, al contrario, parecía que sus fuerzas crecían cada día. Pero una tarde, mientras hacía la habitual visita a las enfermas, un violento y doloroso ataque de cólicos la hace caer al suelo. Acuden las hermanas que la ayudan a extenderse sobre el jergón. Mientras esperan al médico, Teresa Margarita pide que todas reciten con ella cinco Gloria al Padre en honor del Sagrado Corazón. El médico no da demasiada importancia a lo acontecido. En realidad es una peritonitis, y la gangrena ha comenzado. Tiene un crucifijo entre las manos y lo besa por mucho tiempo con indecible ternura. Ninguno se da cuenta que está muriendo. En la siesta, de repente, un síncope. Alcazan a darle los últimos sacramentos pero en los últimos instantes, cuando tal vez ya está muerta.

El día después, las exequias. En la noche llevaron el cuerpo a la cripta del monasterio—según la costumbre de la época— para una sepultura veloz. Pero el cuerpo, contra toda previsión, vuelve a mostrarse bello, joven, como si estuviese vivo. Se suspende la sepultura esperando que el Arzobispo decida lo que se debía hacer. Y entretanto en la cripta se expande continuamente un extraordinario perfume que todos pueden constatar. Cuando llega el Ar-

zobispo, después de dieciséis días, acompañado por cuatro médicos, encuentra «el cuerpo flexible, el ojo húmedo, el color de una persona que está perfectamente sana, incluso las plantas de los pies, por debajo, rojos como si hubiera caminado hasta ese momento, en fin, parece que duerme...».

«Como si hubiese caminado mucho...»: de hecho, era una contemplativa siempre en camino por los largos pasillos del monasterio para socorrer a sus enfermas. Y justamente esta gracia había pedido a Dios: «morir enfermera». El cuerpo está todavía hoy incorrupto. Y las monjas, desde la primera liturgia fúnebre, sin casi darse cuenta, no cantaron la «Misa por los difuntos», sino la de «las santas vírgenes». En la casa Redi, su padre Ignazio recibía como recuerdo el crucifijo que su hija había tenido entre las manos al morir. Y también de aquel crucifijo, exactamente de la llaga del costado, emanaba el mismo intenso perfume. Y él percibía un perfume por primera vez, porque toda su vida había estado sin el sentido del olfato. Era un pequeño milagro, un pequeño regalo que Anita hacía a quien la había educado en la fe.

Fue proclamada Santa por el Beato Pío IX el 19 de marzo de 1934.

*Padre Antonio Maria
Sicari ocd*

(de Reflejos de Dios.

Los Santos del Carmelo,

Ediciones Ocd, Roma 2009).

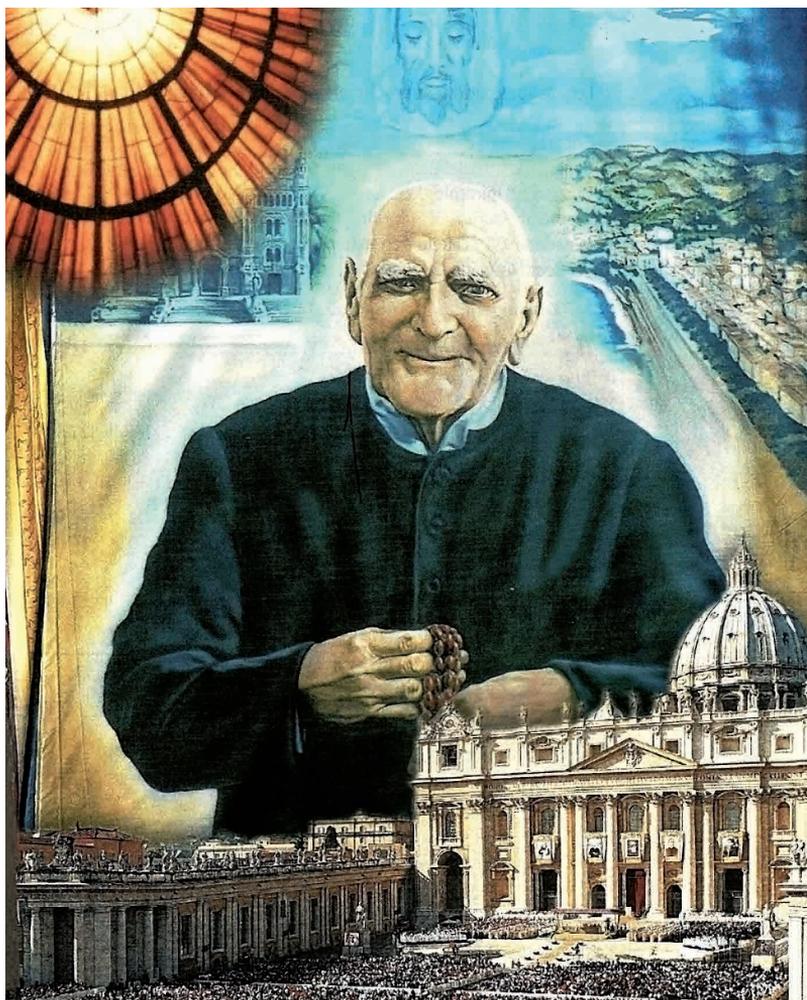
SAN CAYETANO CATANOSO (1879-1963) MISIONERO DEL DIVINO ROSTRO

El camino que va de Chorio a Reggio Calabria, en 1889, era largo y accidentado. Antonio, el padre, había salido muy temprano de casa para acompañar a su hijo Cayetano, que tenía diez años, al seminario. Pero a un cierto punto el niño no pudo más. Entonces lo puso en una cesta y lo cargó sobre el asno. Al atardecer llegaron, al fin, a destino. Cayetano dijo: «He venido para ser sacerdote». Sólo por Jesús se pueden vivir aventuras de este tipo: de salud frágil, pero con un corazón fervoroso por su ideal, empezó a comprometerse con seriedad, a crecer en el amor a Dios y al prójimo. Cada tanto volvía con la familia para fortalecer su salud, pero para él era imposible desalentarse.

A los 16 años, cuando ya llevaba la sotana, predicó por primera vez a la gente de su pueblo natal, asombrando a todos por el fervor con el que habló de Jesús presente en el Santísimo Sacramento y de la Virgen. «Ha sido un episodio muy bonito, un anticipo de mi futura misión sacerdotal», dijo en una ocasión.

Cayetano Catanoso había nacido en Chorio de San Lorenzo (Reggio Calabria) el 14 de febrero de 1879. Sus padres eran propieta-

rios de tierras y habían llamado a los colonos para que trabajasen las mismas. El joven creció en una familia rica de fe y de hijos. En el seminario, los superiores temían que no llegase al altar, pero él, asombrando a todos, creció de modo brillante y llegó a hablar así de sí mismo: «El asno lo logró». Fue ordenado sacerdote en Reggio Calabria el 20 de sep-



tiembre de 1902. Estaba tan contento ese día que dijo: «Oh parientes y amigos, llamados a participar en mi fiesta, recen al Corazón de Jesús para que me haga santo». Jura no cometer jamás pecado alguno, ni mortal ni venial deliberado, y de vivir en la presencia de Dios cada instante de su vida. En 1904, con tan sólo 25 años, lo envían como párroco a Pentadattilo, un pequeño poblado sobre Aspromonte, donde permanecerá hasta el año 1921. Está enamorado de Dios y pasa gran parte de su tiempo en el templo, como un ángel, en adoración a Jesús Eucaristía, después de celebrar la Santa Misa de cada mañana, centro de su jornada y de su vida. Se pasa mucho tiempo confesando, cada día; y en breve se le conoce como un óptimo director espiritual: a su confesionario no acuden sólo sus parroquianos, sino muchos que vienen de los alrededores y también de sitios más alejados, incluso muchos hermanos en el sacerdocio.

Se dedica con amor de padre a su gente, a los niños y a los jóvenes, a los ancianos y a los enfermos, a los más pobres. Instruye a los jóvenes con una escuela nocturna gratuita, llama a sus fieles a participar en la Santa Misa de forma consciente y fervorosa. Lo envían a predicar misiones y a confesar en otras parroquias de la diócesis, y también fuera de la diócesis. Se convierte en guía de muchos sacerdotes y religiosos, religiosas y almas consagradas.

En el silencio de su iglesia, Don Cayetano madura una gran misión. En 1915, cuando ya goza de fama de santidad, comenzó a imprimir un periódico para los consagrados: *La hora eucarística sacerdotal*. Era para todos los consagrados, sin excluir a nadie. En 1918 se encuentra con Don Luigi Orione, quien en el año 1908 se había destacado por su obra de caridad durante el terremoto de Messina y de Reggio Calabria, y un nuevo celo apostólico lo envuelve.

Se acerca su «hora». En agosto de 1843 Gregorio XVI había instituido en Roma la Cofradía del Divino Rostro de Jesús, con el fin de reparar las ofensas contra Él, sobre todo la blasfemia. En ese mismo mes, en el Carmelo de Tours, en Francia, Jesús se revela a la pobre portera, Sor María de San Pedro: «En todos los sitios blasfeman contra mi Corazón: los niños mismos blasfeman. Con la blasfemia el pecador me maldice en mi propia cara, me golpea abiertamente y pronuncia él mismo su juicio y su condena. Yo busco Verónicas para limpiar mi Divino Rostro, porque el mismo tiene pocos adoradores». Así, el 27 de octubre de 1845, nació en Tours el movimiento de la reparación al Divino Rostro de Jesús. Don Cayetano se entera de esto y en 1918 se inscribe en la asociación de los Misioneros del Divino Rostro, en Tours. Al año siguiente erige en su parroquia la Cofradía del Divino Rostro: «Unámonos en la devoción al Divino Rostro,

para reparar nuestros pecados, en primer lugar la blasfemia y la profanación de las fiestas, por la conversión de los pecadores. Queremos convertirnos en almas reparadoras, contribuir al triunfo de la Iglesia, participar en las sublimes recompensas prometidas por Nuestro Señor».

Desde 1921 fue párroco de Santa María de la Purificación, en Reggio Calabria. En su parroquia realiza un centro de irradiación de vida eucarística, divulgando con todos los medios disponibles el amor al Divino Rostro de Jesús, adorado en la Santísima Eucaristía, su presencia real y sacrificio al Padre, y servido en los hermanos más pobres. Continúa con su predicación itinerante por la diócesis y por todo Calabria.

En torno a él se reúne un gran número de almas. Es capellán en las cárceles y en el hospital de Reggio, director espiritual en el Seminario diocesano, y luego canónigo penitenciario en la catedral. En sus predicaciones en la zona de Aspromonte encuentra a muchos jóvenes que no pueden realizar su vocación sacerdotal por falta de medios: Don Cayetano, en 1921, crea la Obra vocacional para los clérigos pobres y conduce a muchos de ellos al sacerdocio. Al mismo tiempo proyecta otra gran obra.

En 1934, aunque se veía débil por su salud, era indomable en su amor a Dios y su celo por la salvación de las almas, y funda una familia religiosa dedicada a la oración reparadora,

a la evangelización y a la asistencia de la infancia, la juventud y los ancianos, llegando hasta los pueblos más alejados de la montaña, sin caminos y abandonados en muchos aspectos. Nacen así las Hermanas Verónicas del Divino Rostro, para que «al igual que la Verónica que enjugó el Rostro lastimado de Jesús en el camino del Calvario, ellas lo adoren y lo amen perdidamente en la Eucaristía y le limpien las lágrimas y las llagas en los más pobres y más solos».

Todo el mundo ya lo llama Padre: es de verdad el Padre de las almas, de los sacerdotes, de los consagrados y de los pecadores. Lo leen con atención en su publicación *El Divino Rostro*, donde aprenden su espiritualidad y su estilo de vida. Lo escuchan en su predicación sencilla y fervorosa. Encuentran consolación y valor en su amor a la Virgen, a quien amaba y seguía sobre todo en el mensaje que había revelado en La Salette, en 1846, con la fuerte invitación a la conversión del pecado, a la reparación de los pecados de la humanidad y a volver a Dios continuamente.

También sus arzobispos, desde el que lo ordenó hasta Monseñor Giovanni Ferro, que llegó a la diócesis en 1950, lo miran con admiración y veneración, como a un guía y Padre amable con autoridad. Será Monseñor Ferro quien apruebe, el 25 de marzo de 1958, a las Hermanas Verónicas y acoja el último proyecto de Don Cayetano: la construcción del Santuario del

Divino Rostro, que tendrá que llegar a ser, según sus palabras, «el centro de la adoración perpetua y de la reparación contra la blasfemia y la profanación de las fiestas».

Su predicación y sus escritos son un mar de luz y de amor más deslumbrante que el mar que rodea la tierra. «Si queremos adorar al Divino Rostro de Jesús y no sólo su imagen, este Rostro lo podemos encontrar en la Eucaristía, donde, con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, se oculta, bajo el blanco velo de la Hostia santa, el Rostro de Nuestro Señor». «No dejen pasar un día sin haber hablado del Divino Rostro. Hagan comprender el deber de la reparación, y que la palabra que salga de ustedes sea como la levadura que fermenta en la harina».

«Amen a Jesús Sacramentado. Nunca lo olviden. No lo dejen solo en el Sagrario, vayan a visitarlo. No es la imagen de Nuestro Señor como lo es la imagen de un santo, sino que está de forma real: Jesús Sacramentado vivo en Cuerpo, Sangre, alma y divinidad. Vayan a hablar con Jesús, conversen con Jesús, vivan con Jesús, consuelen a Jesús, y es así como llevarán a Jesús a las almas».

«Recen a la Virgen. Cuando la Virgen se quiso manifestar afligida y triste, se la ve siempre con el Rosario en la mano. No olviden Lourdes, La Salette, Fátima. La Virgen habla también de grandes castigos y pide oraciones y penitencia. Consolemos el Corazón de

la Madre. Amen a la Virgen y serán felices en la vida».

En su larga existencia, las dificultades y las humillaciones nunca le faltaron, pero lo sostiene una fe heroica en el Señor Jesús, cada día más amado y experimentado, hasta llegar a la identificación con El: «No se desalienten, el Señor nos quiere mucho, los sufrimientos pasan, el premio para el Cielo permanece. Ánimo y adelante en el Señor».

El Padre Cayetano Catanoso va hacia el encuentro con Dios al amanecer del día 4 de abril de 1963, jueves de la Pasión del Señor. Quien lo conoce lo define una luz que brillaba, la bondad en persona, un Sagrario viviente de Dios, un templo palpitante de Dios. «Lo encontraba siempre con el Rosario en la mano», dirá de él su arzobispo, Monseñor Ferro.

Su fama de santidad se propaga, confirmada por la prodigiosa curación de una gravísima enfermedad de una religiosa, que tuvo lugar el mismo día de su muerte. El 4 de mayo de 1997, Juan Pablo II lo inscribió entre los Beatos y Benedicto XVI lo canonizó en el año 2005. El niño que se había puesto en camino sobre un asno para ser sacerdote, ha llegado a la gloria de los altares y a una extraordinaria irradiación de verdad y de luz en nuestro tiempo: también hoy, más que nunca, tenemos sed de Dios y buscamos el Divino Rostro de Jesús, su Hijo, nuestro Salvador.

Paolo Riso

LA DEVOCIÓN AL DIVINO ROSTRO EN EL VENERABLE LEÓN PAPIN DUPONT

Monsieur Léon Papin Dupont nació en el año 1797 en una familia originaria de Bretaña, de la aristocracia de la Martinique.

Hizo de su Primera Comunión una auténtica experiencia de Dios. «Derramaba un torrente de lágrimas y mi corazón se vio inundado de alegría». Esta experiencia fue confirmada por una vida de fe, esperanza y caridad siempre creciente, hasta que, siendo un joven esposo, perdió a su esposa Caroline, quien murió de forma repentina ocho meses después del nacimiento de su hija Henriette.

Se entregó completamente a Dios repartiéndolo su vida entre las preocupaciones por su hija y el servicio a Dios y a los pobres. Se trasladó definitivamente a Tours y se dedicó a diversas obras.

Encontró la tumba de San Martín e hizo todo lo posible para que se construyera una basílica en el lugar del hallazgo. Al recibir la imagen del Divino Rostro, a Él confió sus oraciones por el mundo, por Francia y por los pecadores. Su culto se difundió rápidamente por el mundo. Después de la muerte de su hija, a los 15 años, consagró su vida a esta obra, a la oración: las curaciones interiores y exteriores se multiplican, la sala de Monsieur Dupont se convierte en un sitio de incesantes peregrinaciones, de milagros y de conversiones. Al mismo tiempo, difunde la adoración eucarística día y noche en su casa y en Francia. Él mismo es un fervoroso adorador, y recibe la Comunión todos los días (un hecho raro en esa época); además,

apoya la fundación de las Hermanitas de los Pobres, en Tours. Al enfermarse de la gota, termina retirándose y se prepara para la batalla final en un gran abandono, irradiando siempre una gran paz y serenidad.

Murió el 18 de marzo de 1876.

Después de su muerte, el culto al Divino Rostro fue aumentando cada vez más. La sala de su casa se convirtió en un oratorio.

Las curaciones y las conversiones continuaban. La Iglesia reconoció las virtudes heroicas en 1983, declarándolo venerable.

Entre las obras de celo y de caridad con las que Monsieur Dupont llenó su vida, un ilustre modelo es su pensamiento continuamente orientado, tanto en las

oraciones eucarísticas como en las adoraciones nocturnas, a un proyecto que le preocupaba mucho: la reconstrucción de la célebre basílica de San Martín, que la revolución había destruido. Cuando Dupont se trasladó a Tours, en el año 1834, el culto a San Martín había casi caído completamente en desuso. Una atracción secreta lo llevaba cada día a la esquina de Rue Descartes y de Rue Saint Martin, donde se quedaba a rezar. Pocas personas en Tours compartían en ese entonces su devoción hacia el patrono de la ciudad, y aún menos pensaban en reconstruir la iglesia a él dedicada. Por otra parte, la calle pasaba precisamente sobre el sitio donde se encontraba la tumba, y era muy difícil poder hacer algo.



Misionera del
DIVINO ROSTRO
BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI

130

En 1848, gracias a Dupont se comenzó a festejar el patrono en la catedral el 11 de noviembre.

Monsieur Dupont y los miembros de la comisión del vestuario de San Martín, en 1856, se dirigieron al arzobispo para solicitarle que escribiera a Pío IX con el fin de obtener su bendición respecto al proyecto de reconstruir la basílica dedicada al Santo. Pío IX, con gran alegría para todos, concedió su bendición al proyecto.

Se compraron las casas que habían sido construidas



El Divino Rostro de «Nuestro Señor Jesucristo» grabado en el velo de la Verónica (Basílica de San Pedro).

sobre la tumba del Santo y se realizaron las excavaciones para encontrar el punto exacto de la sepultura. El 14 de diciembre de 1860 los obreros encontraron una cavidad en la que se habían colocado las cenizas de San Martín. Monsieur Dupont anunció a los fieles que la tumba había sido reencontrada. E inmediatamente después se cantó el Magnificat.

Después de setenta años de olvido los restos mortales del Santo se habían reencontrado gracias al celo del Venerable Dupont.

Cronología de la vida de Monsieur Dupont

24 de enero de 1797	Nacimiento de Léon Papin Dupont
6 de marzo de 1797	Bautismo
1809	Primera Comunión
1820	Primera conversión
9 de mayo de 1828	Matrimonio con Caroline d'Audiffredy
4 de diciembre de 1832	Nacimiento de Henriette
1 de agosto de 1833	Muerte de su esposa
1834	Traslado a Tours
1837	Segunda conversión
1 de julio de 1839	Miembro de la Conferencia de San Vicente de Paúl
1844	Entra en relación con las Hermanitas de los Pobres
15 de diciembre de 1847	Fallece Henriette
2 de febrero de 1849	Inicio de la adoración nocturna en Tours
Miércoles Santo 1851	El Divino Rostro colocado en la habitación de M. Dupont
1855	Inicio de la devoción y del culto al Divino Rostro
14 de diciembre de 1860	Descubrimiento de la tumba de San Martín
18 de marzo de 1876	Fallecimiento
29 de junio de 1876	Bendición del Oratorio
1 de marzo de 1983	Declarado venerable

DE LAS CARTAS DE LA BEATA A MONSEÑOR SPIRITO MARIA CHIAPETTA



Centonara 27-9-935

Rev. Monseñor

Hoy es el aniversario de nuestra venerada Rvda. Madre Estanislada, quien hace seis años voló al Paraíso... ¡Cuántos recuerdos! Esperemos que allá arriba se acuerde de nosotros, que tanto lo necesitamos. Aquí el tiempo sigue siendo magnífico.

Ayer, en la Virgen de la Bocciola, hemos rezado mucho por V.R., así como en el Santuario de Orta. A las 4 tomamos la barca de regreso y a las seis ya estábamos en casa. Hoy la Misa en Alzo. Nuestra pobre oración continuará con mayor intensidad, con el deseo de poder obtener de Jesús abundantes gracias.

Hna. M.P.

Centonara 1-10-935

Venerado Monseñor

¡Viva Jesús y Su S.S. Voluntad! ¡Siempre, en todo... con amor! Mire cómo soy distraída... quería cambiar el folio por respeto, pero luego preferí que viera mi distracción. Recibo ahora su carta y gozo del buen viaje. El sábado recibí todas las noticias a través de la Hermana M. Leonia, que viajó ayer por la tarde, ya que por compromisos tenía que estar en Milán el lunes por la mañana. Me enteré del malestar de la Hermana M. Teresa, y estoy ansiosa por saber qué le ha dicho el doctor. ¡Que se cumpla la Divina Voluntad! Rece para que llegue a tener una generosa resignación.

Yo estoy bien, propiamente bien. Soy la más viajera y dirijo la situación. Tengo escrúpulos por el hecho de pasar tanto tiempo de vacaciones. Espero que el Señor tenga misericordia conmigo.

Esta mañana hemos tenido la Misa en Centonara. Ahora no podemos quejarnos, porque el párroco es bastante puntual. Le recomiendo que descanse por la noche, y que coma bien. Viva alegre en el Señor.

V.M.I. 9-12-935

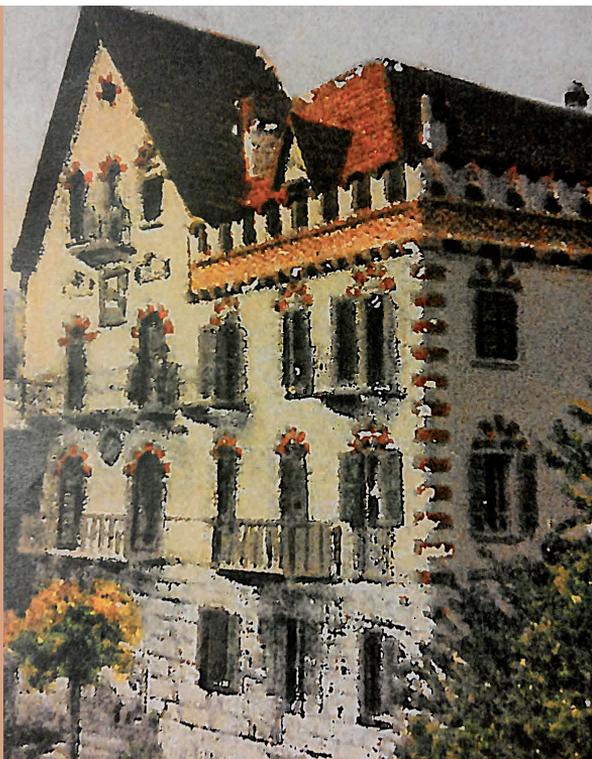
Venerado Monseñor

¡Viva Jesús!

Gracias por sus letras.

Realmente estaba preocupada al no tener noticias. Ayer fue nuestra fiesta, ha ido todo bien, y hemos rezado mucho por V.R. Esta mañana celebró Mons. Cavazzali con toda la solemnidad. El frío se hace sentir mucho, pero es bonito. Nosotras estamos todas bien de salud, y yo mejor que las demás.

No lo dude, continuaremos con mayor fervor nuestras peticiones para que todo se acomode para mejor. ¡Estamos en un triste valle de lágrimas! Miremos hacia el Cielo, para tener la valentía de caminar. ¡Todo pasa! ¡Qué alegría! Sólo el sufrimiento generosamente aceptado es considerado de gran valor para la Eternidad. Un



130

gran consuelo, ¿verdad?

Rece, porque no sé poner en práctica lo que sí sé decir... aunque sí quisiera que fuese una realidad en mí.

Ármese de valor y confiemos... Mañana iré a Padua, pediré al santo por Usted, y Usted recuérdenos ante Jesús.

Todas las Hermanas le saludan respetuosamente y desean una bendición especial.

Hna. Ma. Pierina

Disculpe los garabatos.

1936

Reverendísimo Monseñor

¡Viva Jesús!

Recibo ahora su carta, y no puedo entender lo que quiere decir respecto a la construcción. Siempre le he dicho que era necesario obtener todos los permisos, y cuando Usted me dirá que verdadera y realmente se puede comenzar con las obras, se harán los nuevos contratos; mientras tanto tendré la aprobación. Nunca le he dicho que nosotras no queremos comenzar. Quiero tener la certeza de poder iniciar, para no pronunciar palabras inútiles, como ya hemos dicho muchas. También una carta de María me ha molestado, porque parece que somos nosotras quienes no queremos construir. Pero si nunca, y tal vez



ni siquiera ahora, hemos tenido el permiso. Al menos a mí no me consta. En cuanto al hecho de venir a Milán, decida usted libremente. Yo no he escrito porque no tengo ninguna novedad, y he prometido al Señor no escribir a nadie sin una verdadera necesidad, porque no quisiera dar cuenta de ello al morir. ¡Tengo tantas pendientes! De salud estoy muy bien, y la Hermana Leonia ya ha regresado.

Bueno, el resto se lo contaré personalmente. Con su bendición.

Devotísima, Hna. M. Pierina



Invocaciones al Divino Rostro

Rostro adorable, Rostro admirable,
 Rostro amable, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro benigno, Rostro magnánimo,
 Rostro bellissimo, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro clemente, Rostro consolador, Ro-
 stro queridísimo, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro divino, Rostro dilecto, Rostro
 dulcísimo, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro elegido, Rostro eucarístico,
 Rostro elocuentísimo, *ten piedad de*
nosotros.
 Rostro fiel, Rostro llameante, Rostro re-
 splandeciente, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro lleno de gracia, Rostro generoso,

Rostro glorioso, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro inspirado, Rostro sereno, Rostro
 puro, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro espléndido, Rostro dichoso, Ro-
 stro luminoso, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro modesto, Rostro majestuoso, Ro-
 stro admirable, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro ultrajado, Rostro honorable, Ro-
 stro respetable, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro piadoso, Rostro pacífico, Rostro
 precioso, *ten piedad de nosotros.*
 Rostro formidable, Rostro milagroso,
 Rostro siempre tierno, *ten piedad de*
nosotros.
 Señor, muéstranos tu Rostro y seremos
 salvados.

Oración de San Pío X al Divino Rostro (1903-1914)

Oh Jesús, que en vues- tra acerba Pasión fuisteis hecho el oprobio de los hombres y el varón de dolores, yo venero vuestro Divino Rostro, en el que resplandecían la beldad y la dulzura de la divinidad, trocado ahora en la forma de rostro de leproso. Pero a través de esos rasgos desfigurados reconozco vuestro amor infinito, y siento abrazarme en deseos de amaros y haceros amar por todos los hombres. Las lágrimas que corren en abundancia de vuestros ojos son para mí otras perlas preciosas que me complazco en recoger, a fin de comprar con su valor infinito las almas de los pecadores. Oh Jesús, cuyo rostro es la única hermosura que arrebata mi corazón. Me resigno a no gozar acá abajo de la dulzura de vuestra mirada, y a no gustar a través de esos rasgos desfigurados consuelo de vuestros besos; pero os suplico que imprimáis en mí vuestra semejanza divina y me encendáis en vuestro amor de tal modo que en breve me consuma y pueda así llegar cuanto en abundancia de vuestro Rostro glorioso en el cielo.
 Amén.

Del Diario de la Beata María Pierina De Micheli (11-19-22 de septiembre de 1940)

- 11 *El enemigo tiró en más de una ocasión por tierra las imágenes del Divino Rostro.*
 19 *Me aplastó contra el muro y quería que prometiera que no me comunicaría nunca más con el Reverendo Padre... Me atormentó mucho en la Capilla. Jesús, ¡todo lo que Tú quieras!...*
 22 *Llegó la emisión de medallas del Divino Rostro, las agitó por todas partes y me sugestionó tanto que creía que perdía la razón.*

EL DON DE LA VIDA QUE BROTA DE LA CRUZ

Publicamos la homilía de la Misa celebrada por el Padre Luca Di Girolamo, de la Orden de los Siervos de María, el jueves 26 de abril de 2017, en la Capilla del Instituto Espíritu Santo de Roma.

La Resurrección del Señor –que celebramos en este tiempo de 50 días hasta Pentecostés– está siempre bajo el signo del amor, de la alegría y de la vida. Concluidos los días de reflexión seria y sobria propios de la Cuaresma, vivimos el tiempo más bonito del año litúrgico caracterizado por la luz.

Precisamente esa luz debe tener un sitio en nuestro corazón para hacer de nosotros personas dispuestas a acoger al Señor, y esto nos conduce a redescubrir nuestras partes oscuras.

Por ello pedimos ahora perdón a Aquel que ha venido no para condenar sino para salvar.

En el tiempo pascual son dos, esencialmente, los textos del Nuevo Testamento que ocupan la mayor parte de las Liturgias de la Palabra de las Misas: los Hechos de los Apóstoles y el Evangelio de Juan. Dos textos que, en su conjunto, forman el mosaico que muestra los efectos de la Resurrección.

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan de los inicios de la Iglesia antigua que se funda en el acontecimiento estupendo del paso de Jesús de la muerte a la vida; el Evangelio de Juan –primero a través de algunas representaciones y sucesivamente con la mención del Espíritu Santo– presenta la consistencia misma de la divinidad de Jesús y su capacidad de infundir sus dones.

Mirando al Nuevo Testamento, no se nos dice cómo sucedió la redención, es decir, en qué modo Jesús realizó el paso del estado de cadáver a la readquirida forma humana, pero –sobre todo los Hechos de los Apóstoles– nos ponen ante los efectos que ha producido este acontecimiento.

Los apóstoles, que antes estaban en la cárcel, son liberados por un ángel, o sea que un mensajero de la divina potencia desata las cadenas y permite a estos hombres continuar con la difusión del mensaje de la salvación.

Si Jesús con su aparición causa inquietud porque es una persona que se impone con su presencia sobria, casi oculta, pero muy eficaz, la misma desorientación permanece y lo vemos ahora en la perplejidad de las autoridades ante el hecho sucedido. Pero junto a esa desorientación encontramos también otro elemento que no podemos subestimar: la escucha. Los apóstoles son conducidos sin violencia por miedo a que los carceleros los lapiden. La gente de Israel escucha el mensaje.

No es un elemento que podemos subestimar en cuanto que tenemos en el origen una acogida recíproca: las personas acogen el mensaje que se convirtió en acción de salvación

realizada por un hombre de carne y hueso.

Esto nos conduce al texto del Evangelio, y es el capítulo del encuentro nocturno con Nicodemo, donde Jesús explica la propia identidad: el hecho de que el hombre crea evita la condena, que no deriva del Hijo, sino que se realiza si el hombre permanece anclado en su actitud obstinada y en la sordera respecto a la Palabra.

El discurso, luego, se hace más específico con el tema de la luz: ella pone al descubierto las tinieblas y la oscuridad, y, en sentido más amplio, la maldad. Un tema



ya presente en el Prólogo cuando Juan recuerda que la luz vino al mundo pero las tinieblas no la vencieron.

Este binomio de aspectos –luz/tiniebla– no trata sólo de una naturaleza teológica capaz de trazarnos los dos momentos del misterio pascual (Cruz y Resurrección), sino que va a tocar nuestra vida concreta a través de dos niveles.

Un primer nivel está precisamente en acoger esa luz, hecho que es posible en cuanto que ya hemos sido acogidos al inicio por Dios, cuando nos crea: quien cree en Dios no es juzgado porque ya ha sido aceptado por Dios.

En segundo lugar, el mal es siempre portador de oscuridad, ambigüedad y ceguera. No ver es sinónimo de una ausencia: los apóstoles mismos a veces demuestran no ver al no percibir inmediatamente los rasgos del Maestro. Y es precisamente el Maestro-Luz de las gentes quien pone en evidencia su insuficiencia, pero siempre con la intención de recuperar a la persona, no su destrucción. Es el Dios amante de la vida y capaz de donarla siempre; y todos los que se dirijan a este Dios adquieren la capacidad de obrar el bien y de mostrar que el bien es punto de encuentro entre la voluntad de Dios, su gracia y el compromiso del hombre.

Esto es posible obtenerlo sólo con una continua unión con el Señor, esa unión que garantiza la construcción de la santidad personal y comunitaria, y que ha experimentado Madre María Pierina,

asidua y fiel a los compromisos de su consagración religiosa.

Si su vida fue una atención constante a la Congregación de las Hijas de la Inmaculada, esto depende solamente de su fidelidad al Señor, es decir, centrándose en el Divino Rostro, y no sólo la mirada, sino toda su vida, de tal modo que de Él recibe aquella luz que es guía para todo cristiano.

En relación a este Divino Rostro que lo acoge todo, Madre Pierina –haciéndose eco del Evangelio– formula este pensamiento: «La vocación es semejante a la semilla de mostaza, la más pequeña, pero que al sembrarla, abonando la tierra y cuidándola, se convierte en una plantita, árbol, cobijo para los pájaros y sombra para los animales» (*Consolare Gesù*, p. 55). Vocación, por ello, es sinónimo, según Madre María Pierina, de Cruz, o sea aquel árbol del cual hemos recibido el don de la vida.

Esto nos conduce a la unidad con Cristo, que hunde sus raíces en el Bautismo y que es para nosotros indicación constante de renovación: quienes van por el camino de Dios se dirigen realmente hacia aquella luz que supera las asperezas del pecado y de las tentaciones con las que el Maligno busca desviarnos, y es precisamente en este terreno donde Madre Pierina tuvo que enfrentarse. Por ello sigue siendo para nosotros un ejemplo que se introduce en el surco luminoso que nos ha dejado el Señor.



Preghiera autografa di Papa Francesco

"Il tuo volto, Signore, io cerco"

Fà, o Signore, che io possa vederti oggi nei volti
sfigurati,
nei corpi sofferenti di ogni tempo,
nelle persone scartate, emarginate e
schiacchiate dal peso delle loro croci.

Donami, o Signore, di contemplare il Tuo Volto
presente e nascosto
nei volti dei miei fratelli e delle mie sorelle.

Fà, o Signore, che io sia una Tua icona,
la Tua sintonia,
per testimoniare agli uomini del nostro tempo
l'abbraccio del tuo ineffabile amore!

Francesco

Oración autógrafa del Papa Francisco

Tu Rostro, Señor, yo busco.

Haz, oh Señor, que yo pueda verte hoy en los rostros desfigurados, en los cuerpos que sufren de todos los tiempos, en las personas descartadas, marginadas y aplastadas por el peso de sus cruces.

Permitenos, oh Señor, contemplar tu Rostro presente y oculto en los rostros de mis hermanos y hermanas.

¡Haz, oh Señor, que yo sea tu ícono, tu santo sudario, para testimoniar a los hombres de nuestro tiempo el abrazo de tu inefable amor!

Francisco

